

AÑO V GUADIX (Granada) 31 de AGOSTO de 1921. NÚMERO 56

# ESCLAVA Y REINA

REVISTA  
MARIANA

Director: M. I. Sr. D. Francisco Salvador Ramón, canónigo  
Censor: M. I. Sr. D. Juan de Dios Ponce, Lectoral

PUBLICACION  
MENSUAL



DIVINA INFANTITA, RUEGA POR NOSOTROS

# SUMARIO

	Págs.		Págs.
La Divina Infantita . . . . .	1	Apuntes Sociales . . . . .	13
A la Divina Infantita . . . . .	4	San Buenaventura y la Mística . . . . .	20
La Verdadera devoción a la Santísima Virgen . . . . .	5	Panegírico de Santa Clara . . . . .	26
Enseñanzas de la Divina Infantita a sus Esclavos . . . . .	11	Bibliografía . . . . .	31
		Correspondencia administrativa . . . . .	32



FÁBRICA DE ORNAMENTOS PARA IGLESIA

Fundada en 1820

**Hijos de M. GARIN.**

Esta casa es la más antigua de España por lo que más acredita a su numerosa clientela, la confianza en sus productos: en tejidos de seda, oro y plata, toda clase de tejidos especiales, bordados desde lo más sencillo a lo más rico, garantizado en calidad.

**Se restauran ornamentos antiguos**

**PASAMANERÍA, ENCAJES, TAPICERÍA, IMAGENES Y METALES**

Remite gratis catálogos, muestras y presupuestos.

**MAYOR, 33.—MADRID**



## XVII

**E**L puesto que tuvo y tiene señalado la Stma. Virgen en los designios divinos; las causas por las que fué decretada la personalidad sobresaliente de nuestra Madre y Reina; la unión moral que había de tener con el Verbo hecho carne, de cuya unión nacerían para Ella títulos que justificaran y hasta exigieran todo privilegio de honor y de gloria; los oficios que desempeñaría en la restauración admirable de la naturaleza humana, apesar de haber llegado ésta a lo sumo de la degradación; las gracias en que fué envuelta desde que fué concebida y los privilegios del uso de la razón y de la gran ciencia que le fueron concedidos desde el primer instante de su ser, piden, como lógico coronamiento, que la Stma. Virgen fuera impecable desde su misma concepción.

Creemos conveniente reproducir aquí lo que decimos respecto del asunto que nos preocupa en nuestra Teología Mariana, tomo I, cuestión 12. Santo Tomás consecuente con su propia doctrina, según la cual a la Stma. Virgen le fué solamente ligado el fomes peccati en su concepción y extinguido cuando concibió al Verbo, en seña que aunque María desde su concepción hasta la de su Hijo no consintió pecado alguno, porque incurrir en culpa era indigno de la Madre de Dios, sin embargo no fué confirmada en gracia o hecha impecable hasta que tomó carne en sus purísimas entrañas el Verbo. Pero esta opinión ha ido perdiendo partidarios, sobre todo después de la definición de la concepción purísima de María, hasta el punto que puede proponerse casi como doctrina común que la Stma. Virgen fué confirmada en el bien y en la gracia desde el primer momento de su ser.

Para mejor inteligencia de esto conviene tener en cuenta que la impecabilidad puede ser intrínseca y extrínseca, o física y mo-

ral. Sería intrínseca la impecabilidad si Dios concediera a la criatura una forma o cualidad intrínseca y permanente que la confirmara de una manera definitiva e irrevocable en el bien; así es la impecabilidad que gozan los bienaventurados en el cielo. Impecabilidad extrínseca o moral sería si Dios con una especialísima asistencia hiciera que alguna criatura humana, aun conservando el fomes peccati o sea el desorden y la lucha de su parte inferior contra la superior y la innata facilidad para que su razón se engañe en sus juicios, no cayera en pecado alguno. De ninguna de estas dos maneras fué impecable la Stma. Virgen, porque de una parte, aunque se tiene como cosa cierta que Ella alguna que otra vez durante su santísima vida vió la divina esencia, no gozó de dicha visión beatífica de una manera permanente, y de otra nuestra excelsa Reina y Madre ni sufrió los agujoneos de la concupiscencia ni estuvo sujeta a engaño.

Fué hecha impecable la Stma. Virgen como pudiera haber sido Adán confirmado en el bien y en la gracia, esto es, concediéndole Dios una especial asistencia, no para que no sintiera las rebeliones de la parte sensible contra la racional, ni para impedir que pudiera engañarse su razón, puesto que María fué concebida en estado de inocencia y en dicho estado no hay concupiscencia ni sujeción a engaño; sino para impedir que pudiera concebir mala voluntad y que ésta arrastrara su alma al pecado, como desgraciadamente sucedió en Adán. De modo que la asistencia especialísima de Dios era para impedir toda posible desordenación de la voluntad, único modo como hubiera podido la Stma. Virgen incurrir en culpa, como fué el único modo como Adán pudo pecar. Mas como la voluntad se subyuga con el amor, la asistencia especialísima de Dios para que a María no le fuera posible concebir voluntad mala se reducía en último término a que no cesara en Ella el ferviente amor divino, incompatible con todo amor desordenado.

De esto se deduce que la Stma. Virgen fué confirmada en el bien de manera parecida a como son confirmados los santos en el cielo, pues éstos no pueden pecar, porque viendo la esencia divina mediante el lumen gloriae la aman como a sumo bien sin poder dejar de amarla.

No faltan teólogos que defiendan que la Stma. Virgen fué impecable físicamente, porque siendo imposible considerarla sin relación a la divina Maternidad y siendo ésta *ex se*, forma santificante excelentísima, según ellos, excluía siempre el pecado de María, pero son pocos los teólogos que admiten que la Maternidad divina sea forma santificante *ex se*, aunque todos reconocen que exija la gracia santificante. Además, aun suponiendo que la divina Maternidad fuera por sí misma santificante en grado excelentísimo, no puede encontrarse razón bastante para afirmar que produjera sus efectos santificadores antes que de hecho la Stma. Virgen fuera Madre de Dios. Sería preciso, por lo tanto, decir que antes de la Encarnación María fué impecable de una manera moral.


Pero si la impecabilidad física de la Stma. Virgen es rechazada por los teólogos, porque no concurren en Ella las mismas circunstancias que en su divino Hijo, el cual siendo personalmente Dios y gozando habitualmente de la visión intuitiva de la divina esencia no podía tener ni actitud física remota para caer en la más ligera falta, no es menos rechazada la simple impecancia que solamente quieren reconocer algunos teólogos en María desde que fué concebida hasta que Ella concibió al Hijo de Dios, guiados por espíritu de escuela, que si antes tuvo alguna razón de ser, porque podía disputarse libremente acerca del cuando y de como de la santificación primera de la Stma. Virgen, hoy, además de significar como antes empeño preconcebido de regatear gracias a nuestra excelsa corredentora, lo cual se aviene poco con el amor ternísimo de hijo que todos la debemos, hay que hacer violencia a la Bula Ineffabilis para sostener semejante opinión.

Cualquiera se explicaría perfectamente que se violentaran frases y testimonios para deducir en favor de la Stma. Virgen títulos de exaltación, puesto que en ello va interesado nuestro propio honor; pero no tiene explicación que se haga lo contrario, y mucho menos si la violencia hay que hacerla a palabras y frases tan meditadas como las que se emplean en un documento en cuyo final se contiene una definición dogmática, como es la Bula Ineffabilis, de la cual son las siguientes palabras, cuyo énfasis excluye de la Stma. Virgen toda posibilidad de pecado y afirman en Ella algo más que la simple impecancia desde el momento mismo en que fué concebida:


«Como el Hijo tiene en el cielo un Padre que proclaman los serafines tres veces santo, era de absoluta conveniencia que tuviese en la tierra una Madre en la que el brillo de la santidad no hubiera sido nunca empañado. Y esta doctrina ha abundado tanto en el corazón y mente de los antiguos y de los Padres, que merced a una singular y maravillosa forma de lenguaje, que ha alcanzado fuerza de ley, han distinguido en todo momento a la Madre de Dios, llamándola inmaculada y completamente inmaculada; inocente y muy inocente; irreprochable y absolutamente irreprochable; santa y en absoluto ajena a toda mancha de pecado; toda pura y toda casta; dechado, y por decirlo así, forma y esencia de pureza y de inocencia; más bella que la misma belleza, más graciosa que la gracia; más santa que la santidad, única santa y purísima de cuerpo y de alma.

*Franco S. Marón*

*(Continuad.)*



# La Divina Infantita



¿Os parece pequeña  
Nuestra Reinita?  
¿Porque está recostada  
Creeis que dormita?  
¡Terrible engaño!  
Desde esa cuna vela  
Por su rebaño.  
Como blanca paloma  
De ricas galas,  
Que resguarda a sus hijos  
Bajo sus alas,  
La Niña pura  
Protege a sus Esclavos  
Con gran ternura.  
Nunca nos deja solos  
Y si consiente,  
Que haya quien a toda hora  
Nos atormente.  
Si nos abate,  
Es que nos quiere fuertes  
Para el combate.  
Pues no ignora esa Reina  
Pura y sencilla,  
Que no puede ser grande  
Quien no se humilla,  
Y ansía soldados  
Que para defenderla  
Sean esforzados.

Por eso veis su Obra  
Tan despreciada  
Y a los ojos del mundo  
Desprestigiada,  
Pues necesita,  
Delante de los hombres  
Ser pequeña.  
Pero encierra un tesoro  
Dentro de ella  
De Esclavitud modelo  
¡Su Reina bella!  
Y esa preseña,  
Nos dará la victoria  
¡Bendita seña!  
No vivais tan confiados,  
No moriremos;  
Esperad, que mañana  
Ya triunfaremos.  
La Niña vela,  
Y salvar a las almas  
Es lo que anhela.  
Azotad entre tanto,  
Ponednos clavos,  
Y coronad de espinas  
A los Esclavos;  
Si así logramos  
Que reine María Niña,  
Prontos estamos.



# La Verdadera devoción a la Santísima Virgen

## PARTE PRIMERA

### CAPITULO II

#### *Discernimiento de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen.*

##### Artículo I

#### VERDADES FUNDAMENTALES.

#### § IV.- Cuarta verdad: Necesidad de un mediador para con el Mediador Jesucristo.

COMO pedagogo, admirablemente aleccionado por la Divina Maestra, deja escapar el Beato Grignon deslumbradores destellos que exciten en los lectores de *La Verdadera Devoción a María Santísima* el deseo de conocer la doctrina que ha de formar a un verdadero esclavo de Jesús en María. Pero en haciendo esos como vislumbres, semejante al que hizo resplandecer en el número 94, último copiado en nuestro artículo anterior, vuelve en seguida, con la tranquilidad del que está cierto de llegar a la cumbre, a emprender su marcha desde el lugar que llevaba en la ladera, y así lo hace ahora al encabezar el § II de este artículo que exponemos con estas palabras:—«Necesidad de un mediador para con el Mediador Jesucristo.»—Hemos repetido este epigrafe con el ánimo de que se grave más y más en nuestra memoria, pues ésta es la más fundamental cuestión teológica que puede prenotarse a la práctica de la Esclavitud Mariana.

Demostrada la necesidad de un mediador para con el único Mediador, fácilmente concluiremos que este segundo mediador debe ser María, y, por consiguiente, que en Ella podemos poner toda nuestra confianza de alcanzar la necesaria mediación de Jesús para cuanto se desea conseguir en el orden sobrenatural.

Los que nos leen, recordarán que hemos declarado más de una vez, que no es nuestro ánimo hacer disquisiciones teológicas sobre las proposiciones de nuestro amadísimo Vidente, pues siempre suponemos la limpia ortodoxia del iluminado Maestro mariano; pero hoy queremos hacer una excepción, por lo mismo que a esta proposición le damos la importancia de principio y fundamento de la doctrina montfortiana. A pesar

de esto no haremos una disertación tampoco, pues creemos suficientemente aclarado este asunto para los doctos o legos en esta materia, en leyendo los sencillos y clarísimos prenotandos que el más cabal de los teólogos marianos pone al tratar esta misma cuestión de *María Medianera entre Cristo y los hombres*. Tenemos por cierto que, teniendo a la vista estas aclaraciones, podremos leer con toda certeza cuanto nos dice el Beato en este lugar.

En el II tomo de la *Teología Mariana* del M. I. Sr. D. Francisco Salvador Ramón, cuestión 2.<sup>a</sup>, pág. 38, se lee:

## 2.º Condiciones que debe reunir el mediador.

«Tratándose de mediar entre Dios y el hombre y supuesto que Dios exigía satisfacción condigna, el mediador había de ser persona divina, no porque el pecado en sí fuera infinito, sino porque la persona ofendida era divina, y, deduciéndose la gravedad de la injuria de la dignidad de la persona injuriada, como el valor del honor de la dignidad del honorante, o persona que honra, no era posible que persona alguna creada diera a Dios satisfacción debida.

«Pero como la persona divina, simpliciter *ut divina*, no podía dar al Padre dicha satisfacción, porque, aparte de que ésta implicaba sufrimientos, que no pueden predicarse de persona divina como tal, hubiérala dado el Hijo al Padre mediante alguna operación ad extra de Dios, y como las operaciones divinas ad extra son comunes a las tres divinas personas, Dios se hubiera satisfecho a sí mismo. Por todo lo cual, y dado el plan de Dios de que el hombre contribuyera a redimirse a sí mismo para dignificarle más, tomó el Verbo la naturaleza humana, en la cual sufrió y murió, y así, igual al Padre en cuanto a la persona e igual al hombre, porque tomó carne humana, pudo reconciliar al hombre con Dios. Por esto se dice que Cristo fué mediador por naturaleza, no en el sentido de que unidas la naturaleza humana y la divina en una persona, tal persona debería de ser mediadora entre Dios y los hombres por exigencia de su naturaleza, sino en cuanto que, reuniendo las dos naturalezas, estaba en condiciones naturales de hacer el oficio de mediador. No hay para qué indicar siquiera, que de esta manera que acabamos de exponer no pudo la Santísima Virgen ser medianera, puesto que no la puede llamar divina de una manera rigurosa. El mediador debe aceptar libremente tal oficio, tanto porque la mediación debe ser meritoria y no hay mérito donde no hay libertad, cuanto porque sería una injusticia imponerle a alguien forzosamente la obligación de medianero, máxime si esa obligación implica sacrificios grandes. Que la Santísima Virgen pudo libremente cooperar y que cooperó a la mediación para que Dios devolviera al hombre las gracias y privilegios que había perdido por el pecado, es cosa evidente, como evidente es que aceptó con voluntad plena y con decisión absoluta manifestada por aquel «*Ecce ancilla Domini*», hé aquí la Esclava del Señor, que parece un eco adelantado, de aquello que de Cristo dicen los evangelios; «*et factus est obediens usque ad mortem*» y se hizo obediente hasta la muerte.»



### 3.º Modos de ser mediador.

«De cuatro maneras, dice Belarmino, puede hacerse el oficio de mediador: 1.º Juzgando y estudiando la causa que es motivo del distanciamiento, discordia y enemistad y resolviendo lo más prudente y equitativo, contando, desde luego, con poderes de las partes litigantes. En este sentido ni el mismo Cristo, puede decirse mediador, porque a nadie puede encomendar Dios que juzgue de sus derechos y que resuelva de ellos, según le dicte su criterio; esto argüiría inferioridad que no puede admitirse en Dios. 2.º Sirviendo de internuncio para manifestar las condiciones en que el ofendido haría la paz con el ofensor. Y de este modo Cristo, es el Enviado del Padre por excelencia para manifestar al mundo su voluntad. La Santísima Virgen también puede decirse enviada, porque nadie como Ella conoció la voluntad divina, ni nadie, por lo tanto, pudo darla a conocer con mayor seguridad. si no de una manera pública, porque el magisterio público es poco conforme con la condición de la mujer, al menos de una manera privada y familiar, como consta que lo hizo y por lo cual se le llama Maestra de los apóstoles. 3.º Orando y suplicando, es decir, intercediendo en favor del hombre. Ni aun en el cielo Cristo ha dejado de ser nuestro intercesor, porque es oficio que recibió del Padre, y lo que Cristo tomó no lo dejará jamás; y lo mismo podemos decir de la Santísima Virgen, aunque su súplica e intercesión está siempre supeditada a la de Cristo, de cuyos méritos recibe valor y eficacia. 4.º Satisfaciendo a la parte ofendida por la parte que ofendió, y de este modo Cristo es el Redentor y María la Corredentora, no de eodigno, sino de congruo, como veremos en su lugar.»

### 4.º Es la Santísima Virgen Medianera principal.

«La Santísima Virgen puede considerarse con relación al hombre, con relación a Cristo, su divino hijo, y con relación a Dios. Respecto de los hombres, no hay inconveniente en afirmar que es medianera principal, puesto que su dignidad, sus méritos y su participación en la obra de la redención la ponen en condiciones de superioridad casi infinita sobre toda criatura. A este propósito, dice San Anselmo (Orat. 66): «El mundo tiene sus apóstoles, sus patriarcas, sus profetas, sus mártires, sus confesores y sus vírgenes; auxiliares buenos y excelentes que quiero invocar suplicante. Pero Vos, Señora nuestra, Vos sois mejor y más elevada que todos ellos. Lo que pueden ellos con Vos lo podéis Vos sola y sin ellos ¿De dónde tal poder? Porque sois Madre de nuestro Salvador, Reina del cielo y de la tierra y de todos los elementos. A Vos, pues, imploro; en Vos me refugio, a Vos dirijo mis súplicas a fin de que seáis mi protección en todo. Si os calláis nadie rogará, nadie me ayudará. Hablad y todos rogarán, todos vendrán en mi auxilio: Te tacente nullus orabit, nullus juvabit. Te orante omnes juvabunt.» Y Suárez (In. 3: dispt. 23: sect. 2.º) confirma esto mismo con la suposición siguiente: «Imaginémonos, por imposible, por un lado a la Santísima Virgen que pide una gra-

cia, y por otra parte toda la corte celestial que se opone a la súplica de la Reina, en tal conflicto sería más poderosa, más eficaz y de mayor valor ante Dios la oración de la Santísima Virgen que la de todos los santos restantes. Lo exige la dignidad de Madre de Dios, la perfección de la gracia de María y el ardor de su caridad le dan como un derecho a ello. Y hé aquí por qué la Iglesia invoca a esta Virgen bendita más a menudo y más solemnemente que a todos los otros santos.»

»Con relación a Cristo no es posible suponer mediadora mejor que su Madre Inmaculada. Solamente le aventajaría Dios y Dios no puede ser como tal mediador. Por esto dice San Bernardo: «*Quis tam idoneus ut loquatur ad cor Domini Nostri Jesuchristi ut tu, felix Maria*» ¿Quién, mejor que tú, dichosisima María, podrá hablar al corazón de Jesucristo Nuestro Señor? Y todos los Padres aplican como dichas a María por Jesús aquellas palabras que Salomón dijo a su madre: *Pete neque enim fas est ut avertam faciem tuam.*» Pedid, que no sabré rehusaros nada».

»Con relación a Dios es mediador principal aquel que le está más íntimamente unido y Cristo en cuanto persona divina es Dios mismo, no siendo posible imaginar mayor unión. Además, ya hemos indicado que Cristo, es el único que pudo dar al Padre satisfacción condigna y, por lo tanto, ser mediador de justicia entre Dios y los hombres. Por lo cual no hay cosa más repetida y probada en la Sagrada Escritura que la mediación singularísima y como principal única entre el mundo pecador y el Padre misericordioso. El Apóstol (1.<sup>a</sup> Timot. 2: 5.) «*Unus enim Deus, unus et mediator Dei et hominum, homo Christus Jesus.*» Uno es Dios y no el mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre. Y con distintas palabras vienen a decir lo mismo todos aquellos textos en los que se afirma, que Dios era en Cristo reconciliando el mundo consigo mismo; que Cristo se dió por la redención de todos; que El nos mereció la gracia; que no podemos ir al Padre sino por El; que El es el único fundamento de nuestra justificación, sin que sea posible poner otro alguno, etc., etc.

»Pero que Cristo sea mediador principal y universalísimo, no obsta para que se den otros mediadores secundarios, como, aunque Dios es causa universal y primera; sin embargo, se dan causas segundas; y así como entre éstas se da graduación, según la virtud de las mismas y la esfera a que extienden su acción, así hay graduación entre los mediadores secundarios, graduación cuyo término, entre puras criaturas, no puede ser otro que la Santísima Virgen; pues, como dice Ella de sí misma, según aquellas palabras que se le aplican del Eclesiástico: «*In me gratia omnis viæ et veritatis; in me omnis spes vitæ et virtutis*»; en mí toda la gracia del camino y de la verdad; en mí toda esperanza de vida y de virtud; las cuales palabras, comparándolas con aquellas otras en las que Cristo dice de sí mismo en San Juan: «*Ego sum via et veritas et vita*»: yo soy el camino, la verdad y la vida; parece que dan a entender que la gracia para venir al camino, a la verdad y a la vida, que es Cristo, se nos prometa por María. (Lepicier Tracr. B. V. M., pág. 515)

»Para significar mejor que la mediación de la Santísima Virgen, aunque excelentísima, es secundaria, no puede decirse que María sea Me-

dianera entre Dios y los hombres, sino entre éstos y el Redentor, o también que la mediación de Cristo es principal y perfecta y la de la Santísima Virgen ministerial y dispositiva »

Hasta aquí la *Teología Mariana* citada.

Penetrados de cómo la Santísima Virgen es medianera entre Cristo y los hombres, podemos leer todo lo que escribe nuestro venerado Vidente, como una confirmación práctica de lo que hemos leído en el orden especulativo. En la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen se lee en los números 95, 96, 97, 98 y 99.

«Es más perfecto, porque es más humilde, no acercarnos a Dios por nosotros mismos, sin tomar un mediador. Estando tan corrompido nuestro fondo, como acabo de mostrar, si nos apoyamos en nuestros propios trabajos, industrias y preparaciones para ir a Dios y agradecerle, ciertamente las obras de nuestra justificación quedarán manchadas o pesarán poco ante Dios para obligarle a que se una a nosotros y nos atienda. Por esto, no sin razón nos ha dado Dios mediadores ante su Majestad. El ha visto nuestra indignidad e incapacidad; ha tenido piedad de nosotros y para hacernos capaces de sus misericordias, nos ha provisto de poderosos intercesores para con su grandeza: de modo que prescindir de estos mediadores y acercarse directamente a su santidad, sin recomendación alguna, es carecer de humildad, carecer de respeto hacia un Dios tan alto y tan santo; es hacer menos caso de este Rey de reyes que el que se haría de un rey o de un príncipe de la tierra, al cual nadie querría acercarse sin algún amigo que hable por él.

»El Señor es nuestro abogado y medianero de redención para con el Padre; por medio de El debemos rogar con toda la Iglesia triunfante y militante; por El es por quien tendremos acceso ante su Majestad, y sólo apoyados y revestidos de sus méritos es como debemos presentarnos ante Dios, de la manera que el niño Jacob, cubierto con las pieles de cabritos, apareció ante su padre Isaac para recibir su bendición.

»Pero, ¿es que no tenemos necesidad de un mediador para con el mismo Mediador? ¿Es nuestra pureza bastante grande para unirnos directamente a El por medio de nosotros mismos? ¿No es El acaso Dios, igual en todas las cosas a su Padre y, por consiguiente, el Santo de los santos, tan digno de respeto como el Padre? Si, por su caridad infinita, El se ha hecho nuestro fiador y medianero ante Dios su Padre, para apaciguarle y pagarle lo que nosotros le debemos, ¿será esto motivo para que tengamos menos respeto y temor hacia su majestad y santidad?

»Digamos, pues, sin encogimiento, con San Bernardo, que tenemos necesidad de un mediador ante el mismo Mediador y que María Santísima es la más capaz de cumplir este oficio caritativo; por Ella vino Jesucristo al mundo y por Ella debemos acercarnos a El. Si tememos ir directamente a Jesucristo nuestro Dios, a causa de su grandeza infinita, de nuestra bajeza o de nuestros pecados, imploramos con santa osadía la ayuda y la intercesión de María nuestra Madre, que Ella es buena y tierna y no tiene nada de austero ni repulsivo, ni aun de muy sublime y brillante, y, al verla, no vemos otra cosa que nuestra pura naturaleza, Ella no es el sol que, por la viveza de sus rayos, pudiera ofuscarnos a causa

de nuestra debilidad, sino que es bella y dulce como la luna, que recibe su luz del sol y la templa para acomodarla a lo que nuestra pequeñez puede resistir; Ella es tan caritativa, que no rechaza a nadie de los que acuden a su intercesión por muy pecadores que sean, porque, como dicen los santos, jamás se ha oído decir, desde que el mundo es mundo, que haya alguno recurrido a la Santísima Virgen con confianza y perseverancia y haya sido desechado. Ella es tan poderosa que nunca han sido rehusadas sus peticiones: basta que María se presente ante su Hijo rogándole, para que Jesús, vencido amorosamente por los pechos, por las entrañas y por las súplicas de su queridísima Madre, al punto le otorgue lo que Esta le pide, o reciba lo que Ella, en nombre nuestro, le ofrece.

»Todo esto está sacado de San Bernardo y de San Buenaventura; por manera que, según ellos, tenemos todos, para ir a Dios, que subir tres escalones: el primero, que es el más cercano a nosotros y el más conforme a nuestra capacidad, es María: el segundo es Jesucristo y el tercero es el Padre Eterno. Para ir a Jesús, es preciso ir a María, que es nuestra medianera por intercesión, y para ir al Padre Eterno, es necesario ir a Jesús, que es nuestro mediador por redención. Este es el orden que se guarda perfectamente en la devoción que voy en seguida a indicar.»

En resumen: si Jesucristo vino al mundo por medio de María, ¿por donde iremos nosotros a Jesucristo? Si Ella en cuanto estuvo de su parte obligó al Verbo a venir a nosotros ¿quién mejor que María nos sabrá hacer ir a Cristo?

Si la Santísima Virgen ha sido necesaria a Dios con una necesidad que llamamos hipotética, en consecuencia de la voluntad divina, debemos advertir que es todavía más necesaria a los hombres para llegar a su último fin.

Luego el racional camino para ir a Cristo es María, porque nadie obligará más a Jesús para que nos reciba benévolamente ni nadie nos sabrá disponer mejor para que sepamos acercarnos a El.

Luego, según nuestro Beato, «para ir a Jesús es preciso ir a María, que es nuestra medianera e intercesora», y al decir de nuestro teólogo: «No puede afirmarse que María sea Medianera entre Dios y los hombres, sino entre éstos y el Redentor.» O en términos escolásticos: «La mediación de Cristo es principal y perfecta y la de la Santísima Virgen ministerial y dispositiva.»

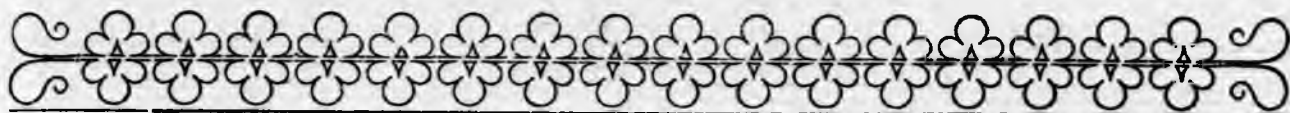
*Un Esclavo*

---

## IMPORTANTE

Con mucho gusto accede esta Administración a dar facilidades para el pago de las obras que se venden en la misma.

Al hacer el pedido indíquese las condiciones en que desean hacer el pago y tengan la seguridad de que serán aceptadas, siempre que los peticionarios sean sacerdotes.



## Enseñanzas de la Divina Infantita a sus Esclavos.

**H**OY nos pide la Santísima Virgen que hagamos la voluntad de su divino Hijo y en ella la de su Eterno Padre, porque quien cumple la voluntad de Jesús está cumpliendo la voluntad de Dios. Hagámosla nosotros y entonces la Divina Niña le rogará a Nuestro Señor como lo hizo en las Bodas de Caná que convierta para todos los esclavos el agua en vino, como quien dice: «que todos lleguen a gustar las dulzuras de la unión con Dios, las dulzuras de la contemplación, y las dulzuras de las mociones divinas, que ya hemos gustado algunas veces; pero, que no nos damos cuenta de ellas, que no las conocemos porque acostumbrados a todo lo brusco, a todo lo que carece de finura, no distinguimos ese lenguaje suavísimo de Dios Nuestro Señor, y por eso siempre nos estamos quejando de que no tenemos oración, de que vamos a ella y nada sentimos, porque sin duda esperamos que Nuestro Señor Jesucristo baje en persona a platicarnos y nos manifieste su presencia de un modo sensible. Por eso cuando oímos contar a alguna persona algo de oración nos quedamos sin saber que pensar y preguntamos: «Pero eso, ¿cómo lo vió? ¿como oyó, que le dijo Dios?» No, no; Dios no se presenta de la manera que creemos; sus manifestaciones son suavísimas, casi ni se sienten. Muchas veces tenemos esas mociones interiores, cuando nos encontramos fuertes para luchar, cuando sentimos fortaleza para el vencimiento, cuando apetecemos desprecios, cuando sentimos esos ardientes deseos de amar con locura, y pedimos sacrificios, porque estamos ávidos de ellos, es Dios quien nos inspira ese deseo, y quien nos sostiene para llevarlo a cabo; y apesar de eso, estamos pensando: «Dios no viene conmigo, yo no he probado la contemplación, no sé como será la unión con su Corazón Santísimo.» Queremos saber a lo que saben esas contemplaciones? no hay más que un medio de probarlas: el sacrificio. Cuando Dios Nuestro Señor nos ve dispuestos, cuando nos encuentra decididos a sufrir, entonces es cuando le regala a sus almas esas mociones dulcísimas que les hacen desear la santidad a todo trance, aún cuando les cueste muy caro el adquirirla.

Pues bien, la Divina Niña es la encargada de conseguir esa gracia, porque así no nos la podrá negar Nuestro Señor; la negaría por tratarse de nosotros tan miserables, pero siendo la intercesora su Madre Santísima, no le niega el favor que le pida y le concederá que como en las Bodas de Caná, se convierta el agua en vino para nosotros los esclavos; pero ya sabemos que una gracia de esa naturaleza requiere, por parte nuestra, una completa sumisión a la voluntad de Dios, una obediencia perfecta, como fué la suya y como sigue siendo.

Constantemente nos está dando ejemplos, nuestro divino Rey Sacramentado de esa virtud encantadora. ¿Podrá haber mayor sumisión que la del Sagrado Corazón de Jesús? El vive en el Sagrario sujeto a la voluntad del primero de los hombres que quiera tocarlo, sacarlo, acercarse a El; y lo mismo obedece al primero de ellos que al último. ¿Acaso se ha visto que se niegue Nuestro Señor a ir a las manos de un sacerdote y que diga: —«A éste no lo obedezco, porque es duro; a este otro tampoco, porque es malo; con éste no voy, porque es un pecador? ¿Cuándo se ha dado el caso de que una Forma consagrada se resista a pasar de las manos del sacerdote al pecho de una criatura, por indigna y miserable que sea? Nunca, porque la obediencia y sujeción de Dios Nuestro Señor en ese adorable Sacramento no tiene límites.

Pues así debe ser la obediencia de los esclavos. ¿Qué les importa a los que desean ser esclavos que quien les mande sea duro o suave, ni que les mande con buen modo

o con mal modo, ni que sus mandatos sean justos o injustos, ni que sea impertinente; eso no es cuenta nuestra; obedecer es nuestra divisa; hacer en todo y por todo la voluntad de Dios, es nuestro deber; lo demás no debe preocuparnos, que mientras más duro sea el mandato y más imprudente la persona que lo ha ordenado, más mérito tendrá nuestra obediencia. Además, a esa obediencia va unido un constante sacrificio, de manera que cada acto de mortificación que nos impongamos al obedecer, es un sacrificio muy grato a los ojos de Dios Nuestro Señor, y una prueba que le damos de que tenemos deseos de seguir sus pasos imitándolo a El como a nuestro modelo más perfecto. ¿Nos pide sacrificios pequeños pero constantes? pues no se los neguemos; cada uno de esos sacrificios representa un acto de amor que nuestro corazón quiere consagrarle a Dios. De manera que si estamos sentados muy bien, con toda comodidad, y nuestro cuerpo de ese modo se siente contento y descansado, tomemos una postura molesta, procuremos incomodarlo, y de esa manera, sin que nadie se aperciba siquiera de que nos estamos sacrificando, ya Dios lo vió y aceptó ese sacrificio con alegría. Si estamos hablando muy satisfechos, accionando con los brazos, y en ese momento nos consideramos felices porque estamos contentos, crucemos nuestros brazos, guardemos silencio, y ya habremos hecho otro acto de amor de Dios que Nuestro Señor recibirá gustoso.

Esa es la única manera de vivir perpétuamente sujetando nuestra voluntad, desechando nuestro modo propio para tomar el espíritu de la Esclavitud. Si hemos de ser esclavos de los demás en la obediencia, hemos también de ser esclavos de nosotros mismos, es decir, hemos de hacer esclava de nuestra razón a la voluntad ciega y dominante que no trata más que de ser ella la reina en donde quiera. Nada, a machacarla bien machacada, a doblar la cerviz, y a rendir el juicio, porque solo así habremos alcanzado la verdadera Esclavitud.

Postradas en la presencia de la Divina Niña, deseosos como debemos estarlo, de la santificación de nuestras almas, y también de llegar a gustar esas dulzuras que da el trato con Dios, las mociones de Dios, la vida de contemplación, vamos a poner los medios que sabemos que son necesarios o convenientes para adquirir esa embriaguez de amor divino que hace tan felices a las almas que la comprenden y que han llegado a gozarla. El medio más seguro de llegar a saborear ese vino del amor que engendra virgenes y que embriaga los corazones, es únicamente el sacrificio; seamos locos por él, vengámonos constantemente para contrariar nuestra voluntad, humillémonos cuanto podamos, no nos disculpemos jamás, seamos dóciles para dejarnos corregir. La obediencia es sacrificio; obedezcamos siempre, obedezcamos con prontitud, obedezcamos sin replicar, obedezcamos con gusto y siempre alegres y veremos como esa vida de continua obediencia y de constante sacrificio, las lleva con perfecta seguridad a la perfecta unión con ese Corazón Sagrado que goza en concederles a las almas sacrificadas las dulzuras de su amor, la oración de contemplación, las mociones de Dios Nuestro Señor.

**I. M. R.**



# APUNTES SOCIALES

## La Religión y el mundo actual

### MARRUECOS Y ESPAÑA

**L**OS que conocen esta sección de ESCLAVA Y REINA saben perfectamente cual es el más ferviente deseo que en ella se manifiesta desde que nos dirigimos al Excmo. Sr. Maura, Presidente de la Liga Africanista, al Emmo. Sr. Benloch, Director de la acción misional en España y al pueblo español en general, urgiéndole a que piense en el gran problema que ha de resolver en la zona de influencia española en Marruecos, para que así pueda España conocer los datos necesarios, a fin de que no nos hallemos a lo mejor con la falta de algún elemento indispensable.

Para nosotros la cuestión mogrebina es más religiosa que política, militar y económica, y lo hemos dicho y repetiremos, si España no va a procurar en primer término la conversión de los moros al catolicismo, no habremos hecho la obra que corresponde a nuestra historia y que nos impone nuestra posición geográfica, antes que a otro pueblo cualquiera de la tierra. Y tanto más nos obliga esta hazaña en el Mogreb, cuanto con más razón se puede afirmar de nuestra Patria que ha sido el gran apóstol de la civilización católica en el mundo. Porque así pensamos y ésta es la principal trascendencia que damos a nuestra influencia en Marruecos, nos complacemos en hacer nuestras estas palabras de *El Siglo Futuro* que tomamos del artículo de fondo correspondiente al día 27 de dicho diario: «Quizás forma parte de nuestra misión indiscutible la de sostener y propagar la civilización católica. Tal vez esté llamada nuestra Patria a acabar con el error mahometano, fuente de barbarie y opuesto a toda civilización, cultura y verdad.»

Al día siguiente, el mismo respetable colega, en otro artículo muy digno de seguir al primero que hemos citado, dice, refiriéndose ya al hecho de que nuestra Patria está llamada a luchar y acabar con el error mahometano, palabras tan sesudas como éstas:

«Es necesario decir que la acción de España en la zona del protectorado está reducida a un barniz de civilización material, y a eso que se llama «atracción» o acción política que se reduce en suma a tirar un ferrocarril, abrir una carretera, explotar unas minas, y crear tal o cual escuela para dar una instrucción, que si es aprovechada por los indígenas,

se aprovecha como la ha aprovechado Abd-el Krin, que cursó estudios en nuestras escuelas de Ingenieros.

No ha preocupado a los Gobiernos españoles, ni por un momento, la cristianización de Marruecos, la evangelización, la conquista espiritual religiosa de los infieles, y unidos éstos por el vínculo más poderoso que es la religión, ¿qué ha de esperarse de quienes están separados de nosotros por unas creencias religiosas que les impone el odio al «perro cristiano»?

Antes de seguir queremos dejar aquí anotado el sensible descuido de que la prensa se ha quejado, de enviar, en estos tiempos de rapidez, los ejércitos a Melilla hasta sin sus capellanes correspondientes. Advirtiéndolo, que no han faltado capellanes castrenses que ganen la laureada de San Fernando en acciones de guerra realizadas en Africa. Ante estas consideraciones, el articulista Mirabal, con muy sobrada razón, continúa diciendo:

«¡Qué diferencia entre la labor españolista de aquel padre Lerchundi y la influencia y autoridad de los frailes franciscanos, a lo que hacen los elementos civilizadores, que sólo ven la civilización en el tráfico y en las exposiciones de productos y en los negocios mercantiles!

¡Nuestra influencia! Más bien diríase que los influenciados de mahometismo son los europeos que en Africa se establecen: respetan la Mezquita, adoptan las costumbres, visten la chilaba, se cubren con el fez, toman el té en cuclillas...»

Y es que no puede ser de otro modo, padecemos una educación acomodaticia enervante en España y somos hasta tal grado menguados en nuestros liberales procedimientos, que, en lo que toca a religión, no dudamos ser, en efecto, más influenciados que civilizadores. Los negocios del Padre Lerchundi y de su no menos apostólico continuador el Padre Cervera, no tienen relación, ni desde muy lejos, con los negocios mercantiles que obligan a muchos a *vivir a lo moro* en Africa y en España.

Y porque así es, desgraciadamente para el Mogreb y para nosotros, y para la cultura y la civilización mundial, se impone y se impondrá cada día con más urgencia la hermosísima conclusión con que el atinado articulista de quien copiamos termina su trabajo. Dice así:

«En Marruecos no es posible otra política—ya que tanto se habla de la Reina Católica y de su testamento, prodigiosa visión del porvenir que estamos tocando—que aquella política que la reina Isabel siguió en sus estados de la Península, para dar la paz a su reino.

»Mientras los moriscos y los judíos no fueron expulsados de España, no hubo paz. Mientras no se alejó de la nación a sus enemigos naturales, la paz no fué posible.

»Como no será posible jamás la paz mientras frente a las banderas cristianas se alce el pendón verde del Profeta. Es decir, mientras la civilización española no penetre por donde debe penetrar: ahuyentando las sombras del error religioso de las inteligencias y llenándolas de la luz del Evangelio.

»Por algo los soldados de España que embarcaron con rumbo a las playas de América, llevaron consigo para realizar aquella epopeya tanto



guerreros como sacerdotes, tanto conquistadores como misioneros.»

Si, pues, de lo que se trata es de que haya paz entre moros y cristianos, el medio más eficaz y concluyente es hacer desaparecer uno de los términos de la pelea, y altamente consolador es para nosotros poder afirmar que el mahometismo es el llamado a desaparecer, para dicha del mundo y gloria inmarcesible de nuestra España. En otro tercer artículo de *El Siglo Futuro*, del día 29 del pasado mes, se escribía este párrafo que a continuación anotamos y que dice así:

«Misión histórica primordial de España es la de ser portaestandarte de esa civilización cristiana, y de tal misión forma parte indudable y quizás fundamental la lucha contra la morisma, que dura sin casi interrupción desde don Pelayo hasta don Alfonso XIII; constituye nuestra historia y los orígenes de nuestra nacionalidad actual a través de la Edad Media; prosigue en la Edad Moderna, después de expulsados los moros de España, continúa en la época contemporánea, y sólo terminará, queramos o no, aunque para ello se necesite un siglo, con la desaparición del mahometismo del mundo, con el que desaparecerá uno de los más monstruosos instrumentos de barbarie que en él existen, y el que quizás más ha estorbado la difusión del Evangelio y de la Iglesia.»

Luego los que han de ser causas e instrumentos a la vez de que desaparezca el mahometismo del Mogreb, han de ser a toda costa trocados en fervorosos católicos en su fuerza motriz y en la aptitud conducente al fin para que se destinan. Tomando el distinguido articulista una de las fases de la cuestión, trata de ella con el certero criterio católico que siempre distingue al ho norable colega, con estas palabras:

«Hay que volver a la antigua concepción del Ejército español. Hay que volver a aquel Ejército en el que un coronel ante un general, y un capitán o comandante ante un coronel, eran como un simple recluta ante un superior de elevada jerarquía. Hay que volver a aquel Ejército en que el compañerismo sólo existía entre los que tenían igual grado y mientras lo tenían, pues fuera de eso sólo había superiores y subordinados.»

»La verdadera concepción de la disciplina militar es aquella clásica, según la cual el inferior no puede permitirse ni siquiera pensar en alta voz en asuntos del servicio, fuera de las órdenes recibidas de su superior.

»Mientras esos conceptos no se restauren, nada habrá posible, y la nación, que es lo que importa, sufrirá dolorosos fracasos, y si un jefe obrando por sí y ante sí obtiene un éxito, hará más daño con él a su Patria que si hubiese fracasado.

»El que no lo sienta así carece de la verdadera vocación militar, que es clase social, que no constituye una profesión, sino un estado, un verdadero sacerdocio, para el que nos parecen pocos todos los honores y distinciones, pero para cuyo austero ejercicio se requieren especialísimas y elevadas condiciones de carácter.»

Después, para confirmar lo anteriormente dicho, añade:

«Alemania no fué derrotada, pero si la victoria de los aliados ha sido posible, se debe a que el hoy mariscal Joffre acabó en el ejército francés con las iniciativas personales, restableciendo la disciplina en grado tal,

que, según testigos presenciales, llegó a ser mayor en los últimos tiempos que en el mismo Ejército alemán, que siempre fué de ella modelo.»

Conformes de toda conformidad, es indispensable la disciplina en el ejército, como es necesaria la subordinación en todos los organismos que forman una nación, como es imprescindible la obediencia en la familia y como es elemento de perfección, imposible de sustituir por otro, en la vida religiosa, la observancia. Pero no tratando toda la cuestión, aunque si uno de los elementos más fundamentales con el asunto de la disciplina militar, queremos recordar la pregunta con la que terminábamos nuestro artículo anterior y a la que hemos de dar hoy respuesta en todo o en parte, repitiendo que eso de la disciplina militar es una parte de la respuesta total.

Hé aquí nuestras palabras:

¿Hay quien se eduque en España para trabajar después, con la debida aptitud, en la educación de los hombres que nos toca civilizar en Africa? Y si no hay medios para adquirir esta capacidad intelectual y religiosa, ¿quién es el que debe atender esta necesidad?

Que en España no hay centros de preparación para formar los hombres que han de ir a Marruecos, es indudable; hasta de la falta de conocimiento del idioma moro se han ocupado los periódicos, por boca del gran patriota *Armando Guerra*, y lamentándose muy racionalmente de esta ignorancia tan digna de reproche.

De la instrucción meramente militar que recibe el soldado africano juzguen los militares; de la instrucción intelectual cualquiera puede juzgar, por muy escasa que se le suponga siempre será menos. Ni el idioma, ni la Geografía, ni la Historia de la región de nuestra influencia son conocidos por el soldado español que va al Africa; sabe lo que se alcanza por referencias que vagan en el ambiente. ¡Cuántos van y vuelven sin saber leer y escribir! En tales condiciones, sin conocer mas terreno que el que se frecuenta, sin saber los hechos realizados por los hombres en esos lugares y sin poder entenderse con los naturales del país, como no sea que éstos sepan el español, nuestra influencia por tal respecto, será todo lo menguada que se la quiera suponer.

Y de los fines que persigue España en Africa ¿qué sabe nuestro Ejército y qué saben los elementos civiles que forman nuestros pueblos de ocupación civilizadora? ¡Cuántos no saben mucho más allá de que es doble la retribución o de que son más pingües las ganancias, o de que se está en mejor ocasión de ascender, o de que se pelea por tener unas minas más o cosas por el estilo! ¡Cuántos que no han pasado de juzgar que sostenemos un ejército en Marruecos para conseguir el *barniz de civilización* de que hablamos con Mirabal! ¡Cuántos que piensan que la civilización es lo que conviene, lo que da utilidad, lo que hermosea materialmente una o varias ciudades, al estilo de la elegante barbarie europea que hoy *disfrutamos*, rebotante de toda suerte de antros para nutrir los vicios! De cómo se vive en Africa y de cómo se debe vivir pocos se ocupan y menos se preocupan. ¿A qué pensar en destruir los harenes, si, al fin y al cabo, se muestran más recatados que las elegantes reuniones en cines, teatros, playas y bailes? Si de lo que se trata es de enriquecerse a

costa de los pingües negocios hechos o a costa del tesoro español o de la pobreza mora, ¿para qué preocuparse de atender a los niños y niñas pobres haciendo resaltar la caridad cristiana, que es, sin duda, el verdadero instrumento y causa efficacísima de la civilización católica? Si de lo que se trata es de negociar con las almas, ¿quién se preocupará, como el caso requiere, del negocio del alma mahometana para trocarla por el alma inspirada en la pureza, desprendimiento y sacrificio del verdadero espíritu de Cristo? De haber pensado con este espíritu, como dijimos con *El Siglo Futuro*, es indudable que en Marruecos habría a la hora presente más sacerdotes, más religiosos y más espíritu cristiano, por lo tanto.

Que no hay bastantes sacerdotes, ni hay bastantes religiosos, ni hay iglesias bastantes y decimos que vamos a civilizar. «Mentira autorizada de los tiempos». España, la gran colonizadora, no ha civilizado negociando y enseñando a negociar; ha civilizado derramando sus tesoros en sus colonias, aunque de ellos se hayan aprovechado, en primer término, españoles de puro nombre.

Ha sufrido España una contrariedad en sus armas, y España entera renace a la vida del amor patrio y se apresta como un solo hombre a lanzarse a reconquistar la superioridad perdida y pueblos baturros y de toda España, y los nobles todos y el mismo Rey, que vendrá a merecer el sobrenombre de El Africano, todos con nuestro magnánimo monarca se deciden a marchar al Mogreb sintiendo en sus corazones los mismos afectos de Alfonso XIII, que, al conocer el desastre del valiente Silvestre, exclamó, arrasados los ojos en lágrimas:

«Es preciso reparar urgentemente el daño, puesto que el pueblo y el Ejército siguen siendo los grandes héroes y los mártires de la Historia de España.»

Y en la prensa hemos leído esta noticia:

«En los círculos aristocráticos, se afirma que varios caballeros de las órdenes militares, se proponen convocar a junta anual a todos los capítulos, para organizar un regimiento de caballería destinado a Marruecos.»

Y no dudamos que el pueblo, la nobleza y el Rey, unidos al Ejército en el más íntimo abrazo, sabrán imponer a las cábilas enemigas y a las que nos hicieron traición, el correctivo indispensable para dejar asentada de una vez para siempre, si fuera posible, la imperiosa necesidad de respetar al ejército y al pueblo de ocupación en Africa.

Así lo esperamos firmemente, sin género alguno de duda; pero ya, convencidos de que nos impondremos militarmente, y hasta, si se quiere, convencidos también de que, por hoy, la disciplina militar recobrará todo su poderoso imperio, no podemos del mismo modo convencernos de que después de restablecer el orden de la fuerza, restableceremos igualmente el orden moral y religioso, disponiendo así el camino para acometer la árdua, la magna empresa de convertir a los moros a la fé de Cristo. Y si no hay en España ni en Africa centros de educación encaminados a preparar a los hombres que han de acometer tamaña obra, propia de españoles, es evidente que deben crearse. Pero ¿quién es el que debe atender esta necesidad? nos atrevemos a preguntar de nuevo.

En vista de lo que antecede contestaríamos con estas palabras: el

pueblo y el clero, la nobleza y el ejército el Gobierno y el Rey. Toda España, cualquiera que sienta el amor a la Patria debe sentirse obligado a tomar parte en la obra civilizadora, que, por razones de todo punto obligatorias se nos impuso, y que, de no haberla recibido por unánime y mútuo acuerdo de las naciones, nosotros mismos nos la hubiéramos tenido que imponer por razón de nuestra historia y por exigencias geográficas.

No tratamos ahora de la parte que toca al elemento militar, creemos que nuestros soldados cumplirán con su deber. Respecto al pueblo hemos de distinguir dos clases de hombres: los puramente negociantes y los que se mueven por los altos ideales de la civilización; subdividiendo a éstos, en hombres de idealidad vaga e indeterminada, como la sienten los hombres educados a la moderna en la escuela del liberalismo y en hombres de idealidad concreta y perfectamente definida, cuales son los formados en los sólidos e indefectibles principios de la religión católica. Y puesto que nosotros deseamos que todos los españoles sean del número de éstos últimos, a éstos nos dirigimos y a éstos volvemos a preguntar ¿Quién es el que debe atender a la urgente necesidad de enviar a Marruecos legiones de hombres formados intelectual, moral y religiosamente para civilizar al Africa?

Para responder de la manera más precisa diremos que los primeros obligados son los religiosos y los sacerdotes, que están llamados en primer lugar a ponerse a la vanguardia de toda hazaña en la que se trate de la gloria de Jesús. Al lado de éstos deben figurar, y muy en primer término también seculares de verdadero fervor católico que deseen tomar puesto en este ejército de ocupación de las almas mahometanas. Pero este ejército necesita sus pertrechos de guerra, y a proporcionarlos están obligados: el Católico Gobierno de la Católica España; los centros africanistas, la Liga, antes que ningún otro; los círculos aristocráticos y las nobles Hermandades de Santiago, de Montesa, etc. y todas cuantas existan en España como recuerdos gloriosos de héroes que lucharon como leones, en contra de la morisma; los católicos pudientes costeando centros de educación apropiada para los apóstoles del Mogreb; todos los católicos en los que arda el celo de la fé, de la gloria de Cristo y de la salvación de las almas, deben estudiar atentamente el modo de contribuir con su óbolo, con su inteligencia, con su voluntad o con su persona a tomar parte en esta nueva cruzada, la más ingente que han presenciado los siglos, y para la que están llamados del modo más singular, con llamamiento profético, los **ESCLAVOS DE MARÍA**.

Hermanos amadísimos de nuestras almas, la Santísima Virgen llama a las puertas de nuestros marianos corazones, meditemos todos, a los pies de nuestra invicta Reina aquellas tan gloriosas palabras que el gran Vidente de la Esclavitud mariana dice de los esclavos.

Leámosla una vez más:

«He aquí los grandes hombres que han de venir, pero a quienes María formará por orden del Altísimo, para extender su imperio sobre el de los impíos, idólatras y MAHOMETANOS.» Ya ha llegado el tiempo de que los esclavos marianos españoles nos aprestemos a tomar, en esa conquista de la fé, la parte que nos corresponde. Empecemos a contarnos siquie-

ra los que sintamos deseos de tomar parte en esa empresa, reunámonos en un lugar, por humilde y pobre que sea, animados del mismo espíritu, de la misma fé, de los mismos deseos de sacrificar nuestras vidas por la conquista de las almas, ya que tantos hombres nos dan ejemplo sacrificándose en aras del amor a la Patria. Luchen en buen hora los soldados del rey y por él mueran; pero no demos ante el mundo el cobarde ejemplo de que no tenga la católica España soldados invictos de las milicias de Cristo.

A los que tal piensen y quieran, por primera providencia, les ofrecemos compartir con ellos la humildad de nuestra casa y la pobreza de nuestro pan. Mas como quiera que la Esclavitud de la divina Maria ha de estar constituida por legión de hombres y de mujeres, a éstas también ofrecemos asilo humilde y pobre, pero rebosante de celo por la gloria de Maria, nuestra Reina Inmaculada. A ningún alma esclava de Maria le sea permitido decir desde hoy que vive inactiva, porque no hay quien la conduzca a trabajar en la viña del Padre de familias, pues la Inmaculada Maria quiere esparcir los aromas de su pureza y el unguento de sus virtudes soberanas sobre la bárbara región de los harenes.

Esclavos de Maria, ya hay quien os espere, la prontitud de vuestra llegada estará en razón directa del amor más o menos fervoroso que sintáis a la Reina Inmaculada.

Empezamos a esperaros.

Expectans expectavi.

*Mirasol*

---

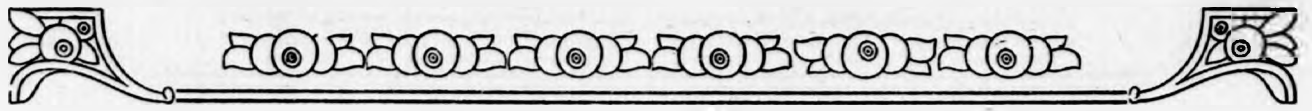
## ESTAMPAS "IRIS"

---

Una buena noticia comunicamos a nuestros lectores al darles cuenta de la publicación de esta serie de estampas en tricromía, que acaba de dar a luz la casa Luis Gilí, de Barcelona. Sólo elogios merece la casa editora, por el cariño y entusiasmo que ha demostrado al lanzarse a publicar estampas en colores, y felicitaciones sinceras por haber conseguido presentar las más bellas estampas en tricromía que conocemos. Puede estar satisfecho de su triunfo, que redundará en bien del arte religioso en España; nosotros nos congratulamos de todas veras.

La serie IRIS consta de 24 modelos, y quien esté interesado en conocerla pida una muestra a su editor (*Luis Gilí, Apartado 415, Barcelona*), quien probablemente se la remitirá gratis. Precios: **Ptas. 5** el ciento, y **Ptas. 45** el millar.

La casa editora nos ruega llamemos la atención del lector acerca de la OFERTA EXCEPCIONAL QUE HACE A LOS 1.000 PRIMEROS COMPRADORES DE ESTAMPAS IRIS, pues quien le haga un pedido de 500 como minimum, que valen **Ptas. 25, tendrá derecho a obtenerlas por Ptas. 20**, en virtud de la mencionada oferta excepcional.



# San Buenaventura y la Mística

El seráfico Doctor pasa por ser el Rey de los místicos.

(Lemmens, cap. IV, Vit. S. B.)

**E**N la palabra mística encerraban los antiguos la ascética y todo lo concerniente a la vida espiritual, y en este sentido la Crónica Antigua decía de San Buenaventura. «Que todas las verdades convertía en oración y alabanzas de Dios «En la *Analecta* (1) vemos que desde los tiempos remotos le llamaban *Doctor devotus*, y el célebre dominico Juan de Ragusa le daba el título de *Doctorum devotissimus*, como se puede ver en Sbaralea (2). La mayoría de los escritores que se han ocupado de San Buenaventura, alaban su elevado vuelo y el calor de devoción que trasciende de todas sus obras, y por estas sobresalientes cualidades Gerson y Rainerio de Pisa, O. P., le aplicaron el título de *Doctor Seráfico*, que ha sido aceptado universalmente por las generaciones que le sucedieron (3). La Universidad de París le calificó con el sobrenombre de *Doctor melifluo* (4). Augusto Conti habla de su extraordinaria claridad, y el P. Ekrle advierte, que era tan hábil en sus explicaciones y tan atractivo por su unción espiritual que, mientras vivía, tenía discípulos más sobresalientes que Santo Tomás (5). Confirma el sabio Gerson cuanto decimos, pues dice: Si me preguntais a cual de los doctores conviene dar preferencia, os responderé que a Buenaventura, porque su doctrina es maciza, segura, piadosa, racional y devota (6).»

El incomparable polígrafo Menéndez y Pelayo repite varias veces en la *Ciencia Española* que San Buenaventura es el Maestro de la Mística, y en las *Ideas Estéticas* cap. XII dice: «Desde los tiempos del abrasado Serafín de Asís, y del Beato Jacopone, y Ramón Lull, parece que los franciscanos han tenido vinculada la filosofía del amor, de que es gran maestro San Buenaventura, como de la especulativa lo es Santo Tomás. Los libros más clásicos y bellos acerca del amor de Dios, durante el siglo XVI, son debidos a plumas de Frailes Menores.»

El Papa Sixto V en la Bula *Triumphantis Ecclesia* resume toda esta corona de encomios con estas palabras: «Su peculiaridad y distintivo consiste en que no sólo resplandeció por la sutileza de su interpretación, por la facilidad de su exposición, por la habilidad de su presentación, sino también por el especial don que poseyó de conmover las almas en virtud de una fuerza divina. Enlaza una

ciencia superior con el fuego de una no menos profunda piedad; instruye a su lector a la vez que le embelesa; penetra en los más secretos pliegues del espíritu; atraviesa el corazón con la saeta del amor seráfico, y le hace rebosar con una admirable y dulce devoción.»

Solo estas ideas generales bastan para vislumbrar la figura colosal de San Buenaventura en la mística; sin embargo queremos especificar más el argumento y hablemos brevemente de su ascética y mística.

### La ascética de San Buenaventura.

La base de toda la Escuela Franciscana está en el amor. Jesús es su modelo, y como el móvil de Cristo fué el amor, San Francisco de Asís le tomó por modelo y fué el gran imitador del Redentor divino; pocos santos han llevado la pobreza y los consejos evangélicos a mayor perfección que el Serafín de Asís. En San Francisco resplandeció el amor paciente y no el amor sensibilista; y San Buenaventura elevó a ciencia teológica los hechos de este humano Serafín, resultando verdadero el principio: *Per Franciscum ad Jesum*, que San Francisco es el camino para llegar a Jesús. De aquí que la escuela de San Buenaventura sea también *voluntarista* más bien que *intelectualista* porque dá preferencia al amor, a la voluntad sobre el entendimiento.

San Buenaventura reconoce las tres fases o grados de la perfección, y explica los métodos de oración; pues al exponer la palabra *Triduum* en el tomo VIII, dice que en sentido anagógico los tres días que María y José estuvieron buscando a Jesús, le recuerdan los tres caminos de la purificación, iluminación y santificación, por los que llegaremos a la posesión del Salvador y a la perfección de la vida del alma. No sabemos pues, como se atrevieron a decir el P. Poulain, el P. Ruiz Amado, el P. Naval y otros escritores ascéticos, que hasta el siglo XVI no hubo método alguno de oración, cuando se hallan vestigios de las tres vías en Pseudo-Dionisio y autores anteriores. La oración, los ejercicios espirituales, la vida ascética y mística son tan antiguos como el hombre, y todo cuanto dicen los libros modernos se halla bien explícitamente en el libro *De Exterioris et Interioris hominis perfectione juxta triplicam viam* del P. Fray. David de Augustus, que murió en 1272. La Obra más sublime después del Evangelio, el libro de la *Imitación de Cristo*, atribuyen no pocos a San Buenaventura, y nadie se hubiera atrevido a darle tal título, si San Francisco, único Santo citado en la obra, no hubiera imitado a Jesús con su vida y sus cinco llagas. En el *Incendium amoris* entusiasmo al alma y le enciende para las tres vías y para la iluminación de una virtud superior. Como San Buenaventura es uno de los mejores y más acreditados maestros de la ascética, algunos de sus escritos son obras maestras, consultadas por los santos y por los maestros de espíritu, y contienen re-

glas claras, y precisas, sencillas y aprendidas en la propia experiencia. Cuanto más se leen, más gustan, y siempre se hallan cosas nuevas en ellos.

En las *Cuestiones de la perfección evangélica* enseña el desprendimiento de todo lo terreno para seguir más fácilmente a Jesús, pues a la objeción de que la pobreza hace a los hombres malos; responde el Santo: «La pobreza involuntaria y la necesidad puede arrastrar al hombre a todos los vicios, no así la pobreza voluntaria. Si alguno pide limosna para humillarse por amor de Dios, para edificar a sus prójimos, para servir a Dios con más libertad, para predicar más eficazmente el Evangelio y desprecio del mundo, cumple en ello una perfecta obra. Más fácil y perfectamente consigue ser Santo el que se desprende de los bienes terrenos. Quien ataca la renuncia completa de los bienes terrenos, declara la guerra al pobre Jesucristo, al consejo evangélico, al colegio de los Apóstoles quienes decían, *ecce nos reliquimus omnia*; declara guerra al Espíritu Santo, quien inspira en los corazones el pensamiento de la renuncia; declara la guerra al Padre Celestial, que es el refugio de los pobres; y declara la guerra al Cielo que está prometido a los pobres de espíritu (7).

El libro ascético de las *Seis Alas del Serafín* está dedicado a los superiores. En la primera de las alas les recomienda el celo de la justicia, que no debe permitir fomentar o decir sin excepción ninguna transgresión de los preceptos o votos. En la segunda, el amor y compasión. En la tercera, la paciencia. En la cuarta, el buen ejemplo. En la quinta, la prudencia. En la sexta, la oración. En todos los capítulos entrelaza el Santo una tal abundancia de reglas e insinuaciones, que el libro presenta el más rico tesoro de meditación y ejercicio. Desde muy antiguo gozó de una gran reputación. Quien le apreció de una manera singular fué el P. Aquaviva, General de la Compañía de Jesús: hizo distribuir el opúsculo por todas las provincias de la Orden, a fin de que los superiores de la Compañía aprendiesen en San Buenaventura a administrar bien su oficio.

Pero el libro en que San Buenaventura echa el resto de su ascética es el *Soliloquium*, diálogo admirable entre el alma piadosa que es la que interroga, y el hombre interior que le contesta. El alma devota se mira a sí misma desde tres puntos distintos de vista: Reflexiona en primer lugar su naturaleza y las dotes ventajosas que en la creación Dios le ha dado. Pasa luego a la consideración de los estragos del pecado en ella, sus consecuencias, su insensatez, y las causas de la misma; y termina con la obra de la gracia y de los beneficios del compasivo Dios. En las meditaciones de las verdades eternas y en la influencia y ayuda de María Santísima para la purificación del alma está sublime. No se sabe qué admirar más en este libro, si los profundos y elevados pensamientos que ha acusado el Santo en el *Soliloquium*, o la devota y original forma en que los ha desarrollado. Ninguno que lea con atención tan amena,



dulce y seráfica obra, podrá desentenderse de la profunda impresión que produce en el alma. «Su lectura, como dijo León XIII, nos hace como volar por regiones superiores; nos conduce como por la mano a Dios (8)». Es lástima que este libro no esté traducido al castellano y no corra en las manos de todos. Es fecundísimo San Buenaventura en los escritos ascéticos y místicos., no hay punto que no haya tocado, y en sus innumerables *Opúsculos* se habla cuanto se necesita para la más completa instrucción espiritual. No necesita para acreditarse de *Las Meditaciones de La Vida y Pasión de Jesús*, obra que ha influido en las artes de nuestras grandes catedrales, y es del franciscano Fray Juan de Cantibus; *Estímulo del Amor*, que resume el espíritu seráfico de Buenaventura: *DEL Speculum B. M. Virginis*, que es de Fray Conrado de Sajonia, de la Orden Seráfica; y de otros varios libritos, que para mayor autoridad corrían en nombre del Doctor Seráfico. Solo los breves datos antecedentes bastan para formar una idea colosal de la ascética de San Buenaventura, y terminaremos este artículo con algunas nociones de su ciencia mística.

### La Mística del seráfico Doctor.

Como gran metafísico del amor y de la voluntad, llega S. Buenaventura, a ser *seráfico*, porque inflama el corazón, y *querúbico*, porque ilumina el entendimiento. «Otros doctores, dice la autora de Francisco de Asís, distraen la inteligencia, este con el amor, une la mente a Dios (9)». *Expedit iquem in lumine*, decía Tritemio de la teología de San Buenaventura. El Papa León XIII afirmaba; «Que después que había subido a las mayores alturas de la especulación, manejaba la teología mística tan a la perfección, que la opinión unánime de los más sabios varones le tenía como el *Príncipe de la Mística* (10)».

El P. Fray Leonardo Lemmens dice en el capítulo IV de la vida de este *Príncipe de la Mística* «La mística es la continuación, la corona, la meta, de la especulación y de la ascética. En todos los tiempos y religiones vemos hombres que no se limitan al conocimiento de Dios, ofrecido por la creación y revelación, sino que pretenden llegar en este mismo mundo a la inteligencia divina, mediante una visión inmediata. Si se figuran alcanzar este objeto con solas sus fuerzas naturales, tenemos ciertamente un misticismo, pero erróneo, porque solamente un camino sobrenatural puede guiar al espíritu humano a elevarse hasta Dios. El hombre puede disponerse con la gracia; pero Dios otorga en la tierra la gracia de la visión inmediata a quien le place. El Místico cristiano discute la esencia, las condiciones y grados de esta elevación sobrehumana. El dogma estudia a Dios por la creación, por la fé y por la Escritura. La mística avanza más. Buenaventura anota en sus exposiciones de la obra de los seis días, otras tres fuentes y grados del conocimiento de Dios: la contemplación, la visión, y el abismamien-

to en Dios, mediante el éxtasis. Todos los grandes escolásticos han estudiado la mística y se ha afirmado con razón, que el derrumbamiento de la escolástica de su alto pedestal, es debido a su separación de la mística. San Buenaventura pasa por el rey de los místicos.»

Es verdad que la ascética es la base de la mística y que no se dá la vía mística sin antes pasar la purgativa; pero la ascética sin las introversiones místicas es navegación sin puerto, cuerpo sin alma, reduciéndose todo a cierto formulismo recargado y compostura exterior que ahoga los vuelos del espíritu. Decir que basta la meditación y la vía ordinaria para la santidad, es oponerse a los grandes maestros de espíritu y a la experiencia.

Para la unión con Dios tienen que verificarse las terribles purificaciones de sentido y de espíritu, y esto no se verifica, no se puede verificar por regla general, sino en las vías místicas, en los altos grados de la contemplación. Ni la contemplación es una gracia *gratis data*, sino *gratum facies*; ni se encontrará una sola alma que haya llegado a la íntima y especial unión con Dios sin la mística propiamente dicha. No podemos pues, estar conformes con el P. Scaramelli y otra caterva de ascéticos, que rechazan o le dan poco valor a la mística y aseguran que la contemplación ni es medio necesario para la perfección (11) El P. Rodríguez, después de repetir que lo ordinario basta para la perfección, afirma que no se debe aspirar o pedir la contemplación (12). Los PP. Naval, Seisdedos, Villada y otros son *minimistas*, esto es, admiten la contemplación o la mística, pero no en toda su plenitud. De este modo se ha hecho una guerra a muerte a la vida mística de las comunidades contemplativas y se encuentran atadas a un círculo de hierro de prácticas ordinarias y sentimentalistas, considerando la mística como terreno vedado para ellas, cuando debía ser su elemento ordinario sin las gracias *gratis datas* o con ellas.

Después de las bases místicas de San Buenaventura, hablemos algo de sus obras. Su *Victis Mystica o Tractatus de Pasione* sobre el Salvador paciente, apenas si podrá ser superado, San Francisco de Sales, que pertenece de lleno a la escuela de San Buenaventura, le habla hermosamente en un sermón que predicó el día de la Invención de la Santa Cruz. «Parece que tú, dice, oh Seráfico Doctor, no tuviste al escribir tus devotas obras, otro papel que el de la Cruz, otra pluma que la lanza, otra tinta que la sangre de Jesucristo. ¡Qué fuego te consume cuando tu corazón lanza esta amorosa exclamación! ¡Qué bien se vive con Jesús Crucificado! ¡En el quiero abrir yo tres moradas; una en sus manos, otra en sus pies, y la tercera en la llaga de su costado; allí callaré y descansaré, leeré y hablaré, oraré y llevaré a cabo todas mis empresas.» San Buenaventura no considera al Corazón de Jesús puramente sentimentalista, sino sumamente doloroso, atribulado, paciente, y echando el resto de su amor en la Cruz, y ha merecido que sus lecciones se insertaran en el Brevario Romano.

Para escribir el *Itinerarium mentis in Deum* se retiró el Santo al monte Alverna, cuyas duras rocas se habían reblandecido al contacto de las candentes lágrimas de San Francisco de Asís. El Serafín que en aquel mismo lugar traspasó con rayos de amor a Francisco, ofrece a Buenaventura símbolo adecuado con que figurar las vías por donde se asciende a la unión extática. En esta admirable y sublime exposición y en otras más difusas sobre la Obra de los seis días, se estudia y se examina el argumento propio de la mística: La elevación sobrenatural y el conocimiento de Dios.

Es lástima, sin embargo, que la designación de nuestro Santo para el cardenalato y la muerte que a poco le siguió, le impidiesen el terminar sus exposiciones y el dilucidar sus dos últimos grados del misticismo; las visiones y los éxtasis.

La influencia de los escritos místicos de San Buenaventura ha sido universal y eficaz. No hay escritor espiritual que no haya acudido a esta fuente seráfica. Enrique Susón y otros muchísimos místicos no han hecho más que repetir sus elevados conceptos. *El Ejercitatorio Espiritual* del Abad García de Cisneros, que se le entregó, según testimonio jurado, a San Ignacio de Loyola en Montserrat, no contiene más que la doctrina de San Buenaventura, San Juan de la Cruz tomó el título y la idea ejemplar de su *Subida al Monte Carmelo* en el discípulo del Doctor Seráfico, Fray Bernardino de Laredo, que intituló su principal obra: *Subida del Monte Sión*, Santa Teresa se valió de los libros seráficos de los PP. Osuna, Alonso de Madrid, Guevar, Montesinos, y San Pedro de Alcántara. Sin embargo, dos obras colosales que han corrido con el nombre de San Buenaventura *De Septem Itineribus* y *De Exterioris et Interioris hominis perfectione*, que tanto influyeron también en la mística y que capítulos enteros hallamos copiados en el P. Rodríguez y otros escritores ascéticos, son de los franciscanos Roldofo de Bifraco el primero, y de David de Augusta el segundo.

De estas ligeras líneas se podrá desprender lo que es San Buenaventura en la ascética y mística. Debían de ser más leídas sus obras para poder esbozar su mérito y guiar las almas en el camino de la perfección. La Iglesia le aplica las palabras, *erat lucerna ardens et lucens* porque ardía en amores seráficos, copiados de su llagado P. S. Francisco e iluminaba las inteligencias con esplendurosos rayos de la ciencia.

Fr. Andrés de Ocerín Jáuregui,  
O. F. M.

- (1) Tom. I. pag. 258 y 260
- (2) Supplem. pag. 148
- (3) Sparalea. Suplem. pag. 149
- (4) Analecta. Tom. I pag. 361
- (5) Tom. XV. pag. 265
- (6) Tom. X. pag. 34
- (7) Tom. V. pag. XIII cap. XII,

- 117 pa.
- (8) Acta Ordinis. Tom. IX. pag. 177
- (9) Tomm II. cap. VIII
- (10) Acta Ord. Min. Tom. IX
- (11) Directorio Mist. cap. 22
- (12) Ejercicios de Perf. Trat. 5, caps. 5 y 20.



# Panegírico de Santa Clara

A LOS SACERDOTES ESCLAVOS DE MARÍA DEDICA ESTA SERIE DE SERMONES  
UN CANÓNIGO ACCITANO

*Adducentur regi virgines post eam. Ps. 44. 15.*

Serán presentadas al Rey las vírgenes que han  
de formar el séquito de ella.

AMADOS HERMANOS:

**E**S la Iglesia Católica el más hermoso de todos los cielos salidos de las infinitas manos del Creador. Si más que el firmamento con todos sus soles, fulgura en el Universo un solo pensamiento del hombre ¿quién no quedará absorto ante la incomparable belleza de la vida de los santos? Y así como en el cielo sidéreo las estrellas se diferencian en resplandor, así también en el cielo de la Iglesia no lucen todos los santos con la misma claridad, como no hay para todos en la eterna Jerusalén una sola mansión. *Stella a stella differt in claritate. In domo Patris mei mansiones multæ sunt.* Y así también, como no todos los astros lucen para nosotros al mismo tiempo, del mismo modo en el cielo de la Iglesia lucen los santos, según la divina ordenación de los tiempos y lugares y de los vicios reinantes en cada época.

He aquí porqué, mis amados hermanos, los santos tienen mayor o menor importancia, según los tiempos, los lugares y las enfermedades sociales en que influyen para sanarlas. Bajo todos estos respectos considerada, Santa Clara es luminar de primer orden en la Iglesia de los santos y tanto más cuanto es más evidente que ella es centro glorioso en derredor del cual giran tantas estrellas que son la admiración del mundo hace ya más de ocho siglos. Santa Clara, desde que nació, llena de los esplendores de su sabiduría y de los perfumes de sus virtudes, los tiempos y las naciones y en donde quiera es el más eficaz antídoto en contra del afán de riquezas, que alimenta toda sensualidad y da pábulo desenfrenado a la soberbia de la vida.

Y que así es, bien lo prueba esta casa del Señor, que no sufre otra sombra sobre sí que la parda pátina de los siglos que ya cuenta; casa en donde se respiran los suaves aromas de las virtudes clarisas, a donde vienen a refugiarse las vírgenes enamoradas del más hermoso de los hijos de los hombres, para vivir bajo las alas de su madre Santa Clara, águila poderosa de espléndido plumaje, adornada de toda hermosura, que anidó en el glorioso Líbano y se fortaleció con la médula de los cedros, hasta poder volar cargada con sus innumerables hijas para hacerlas anidar en los huecos de las peñas, en donde hallan para refrigerarse la mirra más probada y por alimento el duro pan de los propios sacrificios y por vestido el tosco sayal franciscano y por única riqueza, en fin, la confianza de haberlo dejado todo para los pobres del mundo, pa-

ra encontrarlo todo en Cristo, pudiendo repetir con el santo compañero y padre de Santa Clara: *Deus meus et omnia*. Este solo hecho, la existencia de este convento de hijas de Santa Clara, repito, que fuera bastante a demostrar la extraordinaria importancia de la santa que nos ocupa en el tiempo, en el espacio y en la trascendencia social, grandeza que ha sintetizado nuestra Santa Madre la Iglesia cantando de nuestra santa madre Clara estas preciosas alabanzas:

De los pobres excelsa primogénita,  
Clara en las obras y en el nombre Clara,  
Hasta Jesús en Clara se esclarece  
Por el amor que a Clara purifica.  
Ella es virgen que engendra miles hijas.  
Que al conocer el alma de su madre  
Con Cristo se desposan para siempre  
Y por siempre el pecado desconocen.

«Santa Clara, por lo tanto, es en el cielo de la Iglesia un astro de primera magnitud, centro de una variadísima constelación de santas que la imitan y la admiran, y que obligan al mundo a imitarla y admirarla también.»

He aquí el asunto que ha de ocupar brevísimamente vuestra atención, pero tanto vosotros, mis amados hermanos, como yo, necesitamos luz para nuestras inteligencias y fuerzas para nuestra voluntad; ayudadme a implorar la una y la otra de la que es Madre de todas las gracias a la que saludaremos con el arcángel.

### *Ave María.*

#### AMADOS HERMANOS:

Siete años contaba de edad Sta. Clara, cuando empezaba el siglo de los divinos fulgores, el siglo del triunfo de la Teología, el siglo XIII, el siglo, por lo que hace a nuestro caso, de S. Francisco y de Sta. Clara, justamente así llamado porque ellos destruyeron las densas tinieblas de los vicios de aquella época, que se arruinaba en sus ansias derrochadoras de riquezas mundanas, con el suave esplendor de la pobreza de Cristo practicada hasta el más sublime heroísmo por el seráfico Padre atrayendo a los hombres de aquel tiempo al más alto desprecio de los bienes de la tierra y prestando dirección y fuerza a santa Clara para que, con los fulgores de sus inusitadas virtudes, fuera el centro en torno de la cual giraran las señoras del mundo, desde las más ilustres reinas hasta las más humildes doncellas, que quisieran despreciar las pompas y vanidades que Satanás las inspira.

Primogénita de las pobres de Cristo, ella debía ser la pobre por excelencia, de tal modo que por sus obras y por su nombre, resplandeciera en ella singularmente la virtud gloriosa de la pobreza cristiana, y, para así corresponder a su nombre y a su espíritu de pobre, ella fué la primera que acercándose al nido de la pobreza franciscana, fiel trasunto de la pobreza del establo de Belén, y despreciando todas sus riquezas, por el nombre de Cristo, y pisando invicta todo ornato de la femenil hermosura y tonsurada, en fin, la rica cabellera, delante el altar del Señor, desposóse amante con el eterno Esposo, recibiendo San Francisco los perpétuos votos de su primera hija y madre de todas las enamoradas de la santa pobreza; quedando así convertida la que era en el mundo hija de Favorino Sciffo y de su esposa Hortulana, en hija primogénita de San Francisco, que, en el fecundísimo seno de la Religión, había sido la primera en desposarse con la santa Pobreza. A esto se debe que la que en el mundo había recibido el nombre de Clara, porque su madre tuvo revelación de que había de ser su hija esplendor del mundo por la perfecta santidad que le dejaría en herencia. y en especial a la casta generación de vírgenes que engendraría para gloria de la Iglesia de Cristo, ahora tomaba el nombre de «Señora Pobre», de donde vino a la familia de Santa Clara el nombre de «Religión de Señoras Pobres.» Y tan amante fué de la pobreza que ni las instancias de su gran devoto el Papa Gregorio IX, fueron parte a obligarla a poseer rentas; pues tanto le rogó la santa madre que al fin acce-

dió el Vicario de Cristo a la fervorosa demanda de Santa Clara, por lo que fueron llamadas también las religiosas clarisas «monjas de la Providencia.»

¡Oh venturoso Domingo de Ramos de la cuaresma de 1212, día escogido por Clara para dejar el mundo! ¡Oh gloriosa Porciúncula, encerrada como riquísima perla en la magnífica basilica de Santa María de los Angeles! de tu humilde recinto salió presurosa «la blanca palomica», que llevaba en su alma los gérmenes fecundos de una nueva era de paz, para ir a vivir con su amado «en las riberas verdes» de las iglesias benedictinas de San Pablo primero y de San Angel después, hasta que por fin, vino a morar en una casa comprada por San Francisco, contigua a la iglesia de San Damián, ya reparada por nuestro seráfico Padre; aquí vino a descansar a la sombra de Aquel a quien tanto había deseado y a regalarse con los dulces favores que El le comunicaría en la apacible soledad en que ella había puesto ya su nido. Y mientras, desde lo más alto de los místicos amores, a donde había volado la seráfica madre, más se regalaba con el Amado a quien había salido a buscar con ansias en amores inflamada, y mientras más íntimamente a El se unía, con abrazo más fuerte que la muerte, y mientras, con vuelos de la más soberana águila, más alta se remontaba y más en lo hondo penetraba de la interior bodega del Amado, con el más humilde gemido de tórtola enamorada, entreabriendo los resquicios de las puertas de su humilde alma, anonadada ante sus hermanos franciscanos, exclamaría con la Esposa de los Cantares:

«Pastores, los que fuéredes  
Allá por las majadas al otero,  
Si por ventura viéredes  
Aquel que yo más quiero,  
Decidle que adolezco, peno y muero.»

Y porque adolezco de la enfermedad del hombre viejo, peno para sanar, tomando las medicinas duras y amargas de la penitencia, y muriendo al hombre del pecado busco resucitar para Cristo, que es el único tesoro de mi alma, y por él juzgué como vil toda la gloria de este mundo y sin eclipses la desprecié, con tal de no perder la gloria eterna, y, para fortalecerme en la natural flaqueza de todo hombre engendrado en pecado, me vestí del ceniciento sayal franciscano y del cilicio tejido de ásperas cerdas que punzaran mis carnes día y noche, para llorar a todas horas mis miserias con lágrimas de sangre, y daba vigor a las fuerzas de mi alma con rigurosos ayunos, con largas disciplinas y apretados cilicios, viniendo a ser la imagen de la penitencia ligeramente recostada en la dura tierra sobre anudados sarmientos, y la cabeza sostenida sobre duro leño.

Y porque yo buscaba al Amado de mi alma con flechas de amor templadas en el fuego del propio sacrificio, El no menos enamorado y generoso, me regalaba, con las gracias que guarda para todos los que le temen en el sublime escondrijo de su vida sacramental, y de cuanto me consolaba la Señora de los Angeles será indicio lo que de mí ha dicho uno de mis biógrafos: «No se vió jamás devoción más afectuosa a la Santísima Virgen.» Y advertid, hijas muy amadas, y hermanos todos que pretendéis imitar mis virtudes, que mi amor a la santa pobreza no fué óbice para que yo usara toda manificencia en el culto del Señor, hilando yo misma, cuando mis enfermedades no me dejaron libres más que mis manos, las más finas telas para corporales, mostrándonos, por tanto, la pobre de la Umbría modelo de penitencia, de oración y de trabajo.

¡Oh dichosísimas hijas de la seráfica madre Santa Clara que, atraídas por los encantos de esta madre angelical de la pobreza, salisteis de entre las redes del mundo, tan falsas como seductoras, y luchando para escaparos a los incentivos de vuestras pasiones, procuráis seguir en todo las pisadas de la vida de perfección de esta santa, que es para vosotros candelabro de oro purísimo que resplandece sobre las más altas cumbres de la perfección evangélica!

Por imitar a esta benditísima madre dejásteis todas las cosas de la tierra para los pobres del mundo; por imitar su perfección os olvidásteis de vuestra tierra y de la casa de vuestros padres y vinisteis a morar en ésta como caverna de la albarrada que cerca el frondoso y perfumado valle donde crecen los lirios de la pureza; por imitar a nuestra santa madre vestiis el santo hábito franciscano y os consumíis en bra-

zos de la pobreza libertadora y de la penitencia que consume toda santidad; por imitar a este singular modelo de perfección, que hoy honramos, las veinticinco religiosas de este convento de Santiago y las miles y miles de todos los conventos esparcidos por la haz de la tierra: ni quieren ni deben ser del mundo, y la conversación de ellas debe estar en el cielo hasta el punto que puedan sentir en el alma y saborear las, con espiritual delicia, estas palabras del Doctor Místico:

«Quedéme y olvidéme,  
El rostro recliné sobre el Amado,  
Cesó todo y dejéme,  
Dejando mi cuidado  
Entre las azucenas olvidado.»

Y así, mis venerables religiosas, sin más cuidado que uniros en indisoluble lazo de transformación espiritual con Cristo, y subiendo nuestras almas de perfección en perfección, estimuladas por las heridoras flechas que del Amado recibís, bien pronto llegaréis a arder como lámparas de fuego y de llamas, que consumirán la tela de esta vida y nos pondrán purificados en posesión de la eterna.

Y vosotros también, mis amados hermanos, señoritas especialmente que me escucháis, sabed y no olvidéis nunca, que Santa Clara era de noble linaje y de muy rica posición social, hermosa y joven, dieciocho años contaba cuando salió de la Porciúncula adornada de sus más ricas galas y joyas, y desnudándose de ellas en el convento de San Pablo, las cambió por el hábito burdo que simboliza la pobreza franciscana.

Pero ¡ah! mis venerables religiosas, mis amados hermanos, en las virtudes de todos los santos mucho tenemos que imitar y no poco que admirar; pero en la santidad de Santa Clara hay una senda perfectamente definida que imitar, así como extraordinarios linderos que el mismo Dios señalara a los caminos de singular perfección que la madre de los pobres había de enseñar al mundo.

Y, en primer lugar, decidme ¿quién no la juzgará capaz de ser madre espiritual en presencia del milagro de inmovilidad que causa en su hermana, cuando ésta es arrebatada a viva fuerza del lado de Santa Clara por sus mismos hermanos, que en medio de las calles de Asís se declaran impotentes para mover a la tímida doncella? Nadie arrebatará de tus manos las hijas que yo te dé, parece decir nuestro Señor a Clara en este milagro. Y advertid que tanto más realce tiene este prodigio cuanto más consideremos que esta maternidad redunda en una joven de dieciocho años, dirigida por un hombre que cuenta a la sazón no más de treinta. Y si añadimos a esto que en tales circunstancias quiso y fué de hecho hija de Clara, la misma señora que la había llevado en su seno, será imposible no reconocer en Clara una fuerza singularísima digna de toda admiración para ser madre espiritual.

Y si así se declara por el cielo que la discípula de San Francisco es escogida para madre de muchas hijas, no está menos atento el Rey de la gloria para demostrar que su escogida es capaz también de engendrar y de nutrir cuantas hijas reciba del cielo, y si no, decidme ¿a quién no admirará y quién será osado de imitar el mandato de Santa Clara haciendo que partiesen un pan en cincuenta partes para alimentar con ellas a otras tantas religiosas que, en efecto, quedaron hartamente satisfechas? Milagro que daba a la seráfica madre la confianza divina de que la mano generosa de Dios bendecía el espíritu de pobreza que ella había de enseñar a las almas, como bendijo el esfuerzo de las turbas que lo siguieron en el desierto, olvidadas de sus propias necesidades, asegurando a las almas que esperaran en la Divina Providencia que no les había de faltar el pan de cada día, como no les falta su alimento a las avejillas del campo, ni le faltó al primer ermitaño San Pablo el medio pan diario con que se alimentaba ni el pan entero que le llevara el solícito cuervo el día que aquel santo recibió la visita de su compañero San Antonio.

Pero esto no basta; la santa madre había de infundir en sus hijas, la confianza de que, fiando en ella o siguiendo sus pasos, nada les había de faltar y nadie las podría ofender, pues Clara sería en todo caso su defensora, como lo fué en contra de un ejército de bárbaros que, habiendo sitiado a Asís, amenazaba en un asalto penetrar

en el Convento de San Damián; mas hé aquí que la seráfica madre, colocando su brazo izquierdo debajo la cabeza de su Amado y apretándolo fuertemente con el derecho sobre su corazón, sale a la puerta del convento, y así fortalecida y conjurando al divino Esposo para que defienda a sus esposas de semejantes fieras, contemplan todas asombradas, huir despavoridos a los soldados asaltantes, como sobrecogidos por un terror tan inusitado como vehemente.

Es, por lo tanto, Santa Clara, modelo perfectísimo que imitar en el mundo por el desprecio de todas las riquezas y vanidades que hizo, por la penitencia con que se defendió de todos los enemigos del alma y por la constancia con que buscó en la oración el más perfecto arrimo a Cristo, hasta quedar perfectamente unidos.

Amado con amada,  
Amada en el Amado transformada.

Y ¿quién no admirará también sin que pueda, de vía ordinaria, ser imitada, el vehemente ejercicio de sus penitencias tan singulares, como aquella de no dormir en cama hasta que algún tiempo antes de morir le impusieron este mandato el Papa y el seráfico Padre? ¿Quién no quedará asombrado ante los sublimes excesos de su oración altísima que se manifestaban en sus deliciosos éxtasis en la presencia de su divino Esposo Sacramentado? ¡Y qué pocas almas serán, de entre las más admirables santas, las que la imiten en la fecundidad de madre acrecentada con la virginidad de esposa del Cordero!

---

¡Oh Clara más clara que la luz! ¡Oh hija celestial de la luz eterna! Tú eres el heraldo, el modelo y la madre de las santas que han seguido a Cristo, dejando todas las cosas por amor de El. Ocho siglos hace que llenas de pobres enamoradas de la pobreza santa los miles conventos que perfuman el jardín de la Iglesia, como violetas escondidas y muy suavemente perfumada. Faro puesto por Dios en medio de los hombres para iluminar el inmenso escollo de la concupiscencia de los ojos nunca faltarán tu espíritu y tus hijas de la Iglesia; por eso, santa excelsa, a todas las bendice y bendice también a la mujer del día, que a Dios olvida por las deletéreas imposiciones de una moda vana e inmodesta, que tanto se opone con su execrable lujo a tu espíritu de santa y humilde pobreza. Pero nadie mejor que tú conoce, santa mía, que todos los males de esta época arranca del terrible espíritu de insubordinación que llega hasta el anarquismo, y, por consiguiente, que sólo con obedientes, proporcionados a tan suprema rebelión, se conseguirá destruir tanto mal como nos aqueja. Ruega, madre de los pobres, ruega al obediente Jesús, que envíe al mundo a sus imitadores, a los que para destruir la anarquía reinante han de tomar como ejemplar a Cristo esclavo, haciéndose ellos también esclavos de amor en María para servir a Cristo Rey en el Sacramento del Altar, y haz, oh faro luminoso de la pobreza en el mundo, que la misericordia divina acelere el día en que vengan a la tierra «los apóstoles de los últimos tiempos. . . . a quienes María formará por orden del Altísimo, para extender su imperio sobre el de los ímpíos, idólatras y mahometanos.» Ruega, en fin, santa madre nuestra Clara, para que aprendiendo todos a cumplir la voluntad de Jesús ahora, merezcamos gozar de El eternamente en el cielo. Amén.

---

**SE RUEGA A LOS SEÑORES SACERDOTES QUE RECIBAN  
ESTA REVISTA LA DEN A CONOCER A SUS COMPAÑEROS.**

---



# BIBLIOGRAFÍA

*Copiamos de la Revista Eclesiástica de Valladolid:*

**Teología Mariana**, por el M. I. señor don Francisco Salvador Ramón, Canónigo de Guadix y director de *Esclava y Reina*. Tomo I: *María Madre de Dios*, y Tomo II: *Oficios de la Santísima Virgen y consecuencias de los mismos*. 1921. En 8.º mlla. a 5 pesetas tomo.

No sólo el clero y asociaciones religiosas pedían con insistencia una obra jugosa como ésta con que se nutriera la piedad mariana, sino que resultaba ya una urgente necesidad poder ofrecer, tanto a los eclesiásticos para estudio como a los seglares para lectura y edificación, un libro seguro y teológico de Mariología, en que la fe se aliente con la doctrina y la doctrina se rija por la fe. Pocos hombres en España podían hoy rivalizar para emprender este trabajo con el excelente *chiflado* de María que en su revista mensual *Esclava y Reina* derrocha en honor de la Señora tiempo y salud y dinero, para enaltecer las glorias suyas, en el terreno teológico y en el terreno científico, no menos que en el de la piedad. El que ame a María, leído este libro la amará más; el que conozca a María, estudiado este libro sabrá más de ella, y el que tenga que hablar de María, no hallará fuente más limpia de inspiración, al prepararse a hacerlo, que esta excelente, docta y devota *Teología Mariana*, cuyos primeros tomos tenemos a la vista.

**La Patrona de Linares.**—El celoso párroco de la industrial ciudad de Linares, D. Francisco Martín Baeza, con un interés digno de todo encomio, ha llevado a cabo una obra de gran utilidad práctica para los devotos de la Santísima Virgen de Linarejos, Patrona de Linares.

Dicha obra está dividida en tres secciones: en la primera se refiere la historia del santuario y de la veneranda imagen; se ofrece después una muy piadosa novena a los devotos de la Señora, un modo práctico de visitar a la Patrona, y por último algunas curiosidades históricas que completan la obrita.

Además el Sr. Cura de S. Francisco de Linares contribuye con su trabajo a la obra general de dar a conocer la universal devoción que en España se tuvo a la Santísima Virgen.

Nuestra enhorabuena y nuestro reconocimiento por la gloria que se da a María y por el obsequio e inmerecida dedicataria.

**Está a la venta el Tomo primero y segundo**  
de **TEOLOGÍA MARIANA** de Don Francisco Salvador Ramón.

Su precio es cinco pesetas en rústica, más gastos de correo  
y certificado.

## CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Se ha servido el tomo primero de

# Teología Mariana

de D. Francisco Salvador a los Sres. siguientes:

Rvdo. P. N. P., Carrión.—Rvdo. P. S. G., Lucena.—D. E. M., Albentosa. D. F. R. C., Villanueva de la Serena.—Cuatro ejemplares a D. F. G., Palma de Mallorca.—Dos ejemplares a D. B. B. R., Vitoria.—D. J. M. B., Santander.—Fr. R. A., Cáceres.—D. E. V., Salamanca.—D. J. M<sup>a</sup>. de F., Sepulcro Hilario.—D. S. F. R., Santa Tecla (América).—D. A. S. G., Almería.—Tres tomos a D. Q., Chihuahua (México).

**Se ha servido el TOMO SEGUNDO de la obra de TEOLOGÍA MARIANA de Don Francisco Salvador, a los señores siguientes.**

D. L. S., Helechosa.—Rvdo. P. N. P., Carrión.—Fr. S. G., Lucena.—D. E. M., Albentosa.—D. R. R., Sogrendio.—D. S. G., Piñeiro.—D. M. H. P., Terzaga.—D. M. P., Mira.—D. J. A., Murcia.—D. E. G., Hontecillas.—D. F. R., Villanueva de la Serena.—D. F. G., Palma de Mallorca.—D. J. M. C., Ventas de Retamosa.—D. B. B. R., Vitoria.—D. J. M. B., Santander.—Fr. R. A., Cáceres.—D. E. V., Salamanca.—D. J. M<sup>a</sup>. de F., Sepulcro-Hilario.—D. M. G., Burgos. Sra. Vda. e Hijos de J. L., Vitoria.—Sr. Dtor. de la E. P., Barcelona.—D. J. N., Sabadell.—D. S. F. R., Santa Tecla (América).—D. A. S., Almería.—D. F. G., Gerona.—D. D. E. L., Zarza de Montánchez.—Tres ejemplares a D. J. Q., Chihuahua (México).—Seis ejemplares a los Sres. H de G del A., Madrid.

Se ha servido el CUESTIONARIO TEOLOGICO de don Francisco Salvador a los señores siguientes:

Seis tomos a D. E. M., Albentosa.—Seis tomos a D. F. R. C., Villanueva de la Serena.—Cuatro tomos a D. C. G., Zaragoza.—Un tomo a D. M. G., S. Lorenzo de Siabal.—Seis tomos a D. A. F., Alcubillas.—Cuatro tomos a D. B. B. R., Vitoria.—Dos tomos a D. M. G., Burgos.—Seis tomos a D. S. F. R., Santa Tecla (América).—Tres tomos a D. E. G. F., Fuentesecas.—Dos tomos a D. D. E. L., Zarza de Montánchez.—Doce tomos a D. J. Q., Chihuahua (México).

### ORATORIA SAGRADA

Don M. M., Ibiza.—D. M. S. M., Riezu.—D. S. F. R., Santa Tecla (América).—Dos ejemplares a D. B. B. R., Vitoria.—Cuatro ejemplares a D. J. Q., Chihuahua (México).

Suscripciones a la revista ESCLAVA Y REINA

D. M. M., Ibiza.—D. J. C., Paderne.—D. A. M., Braojos.—D. G. G., Baños de Montemayor.—D. J. Q., Chihuahua (México).